

DE ABAJO O DE ARRIBA

Atrás, me decía el Caminante, había quedado Cuenca, ciudad y provincia. El apoyo mecánico prestado por gentes, que más tarde se convertirían en amigas, le había permitido, en un breve espacio de tiempo, poder acercarse dentro del Parque Natural de la Serranía de Cuenca a visitar algunos de sus espectaculares paisajes. La Ciudad encantada, Los Callejones de las Majadas, el nacimiento del Río Cuervo, El Ventano del Diablo y otros accidentes geográficos, a cual más espectaculares unos que otros.

De la Ciudad de Cuenca el Caminante aprendió a decir con propiedad “las casas colgadas” en lugar de “las casas colgantes” como hasta entonces había venido diciendo, aunque, con una cierta ironía, blandiendo su copita de orujo, apostillaba que el plural de “casas colgadas” se debía a que, ciertamente, había dos.

Me hizo notar el Caminante la circunstancia, curiosa a más no, que casi con seguridad en la Catedral de Cuenca se daba la mayor representación iconográfica del Apóstol Santiago. Efectivamente, entre imágenes, pinturas, relieves en retablos, bordados en ornamentos sagrados y demás figuras le mostraron más de veinte.

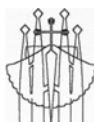
Trabajo le había costado partir en cómodos tramos la distancia entre Cuenca y Huete pues como en

muchas otras ocasiones no encontraba acomodo en ninguno de los pueblos del recorrido que hicieran de las etapas tuvieran una distancia razonable. Finalmente había conseguido alojamiento en algo parecido a una Casa Rural, situada en Valdecolmenas de Abajo, que sin serlo, cumplía en ocasiones con esa función.

Caminaba ahora por una carreterita que, paralela a un riachuelo, descendía suavemente por un estrecho valle semeando tomarse con calma el llegar a tierras más llanas.

Casi a la atardecida vio el letrero que señalizaba a la diminuta concentración urbana de Valdecolmenas de Arriba. Buen momento, pensó, para hacer un alto, descansar y tratar de merendar en algún bar del pequeño lugar. Vano intento, en lo que a merendar se refiere. Para un urbanita puede resultar incomprensible que existan lugares donde sus habitantes no dispongan de más sitio de esparcimiento que un pequeño local, llamado social, con dos sillas y una televisión. Generosamente allí fue invitado el Caminante donde le fue ofrecido un café soluble con leche y una galleta *maría*. Si, Si, me recalcaba el Caminante, de ésas que según la mojas cuando te las llevas a la boca se rompen y se caen en el vaso o taza salpicándolo todo a su alrededor, de ésas, recalcó.

El encargado de esta especie de mini club social, debía estar padeciendo el *síndrome de la soledad* pues a medida que avanzaba la conversación, casi monólogo, fue cogiendo confianza con nuestro personaje y con el segundo *café soluble* y la segunda *maría*, ofrecidos,



fue desgranando alguna de sus circunstancias personales. Por sus confidencias se enteró el Caminante que su anfitrión y su mujer, la del anfitrión, estaban *apartados*, sic. Y que una operación con que trataron de aliviar los problemas que le ocasionaban el padecimiento de una hernia discal había fracasado empeorado sus padecimientos y ahora se encontraba....*como se encontraba*.

Explicó al Caminante, con toda suerte de detalles, su teoría sobre la mala gestión médica sobre su persona que, en su caso, le habían conducido a su precaria condición física actual. Declinó, por motivos de salud, no era desprecio aseguró, la invitación a compartir una ronda del orujo de la botellita que el Caminante, junto con otra de vino llevaba siempre consigo en la mochila y al rato del campechano monólogo, se despidieron.

Continuó viaje el Caminante hacia el próximo Valdecolmenas de Abajo que curiosamente se encontraba a media ladera de la vertiente izquierda del riachuelo, es decir más en lo alto que la anterior Valdecolmenas de Arriba.

En esas disquisiciones sobre *el de arriba y el de abajo* iba enfrascado, mentalmente, nuestro personaje cuando llegó a Valdecolmenas de Abajo, que como ya se ha dicho se encontraba más alto que su vecina Valdecolmenas de Arriba. Localizó la casa para su alojamiento donde fue atendido y acomodado llamándole la

atención, antes de llegar a ella el que un número indeterminado de vecinos se paseara, móvil pegado a la oreja, gesticulando y hablando muy alto, en un reducido espacio que se asomaba al campo abierto el cual se adivinaba en el horizonte ya en penumbra.

Después del último comentario El Caminante parecía haber dado por finalizado su relato creándose el conocido silencio que se ocasiona cuando alguien que venía hablando calla, al mismo tiempo que él o los oyentes esperan algo que, en opinión de ellos no ha sido suficientemente aclarado

¿Y? Pregunté. Rompió el Caminante su mutismo diciendo ¿Qué más quieres saber? Pues, contesté, la explicación para aquello que *estando arriba* se llama *de abajo* y lo que *estando*

abajo se llama *de arriba*. Perdona se excusó el Caminante, creía que tu ya lo sabrías y añadió, a mi me lo explicaron más tarde, a saber, y es que, a los diferentes núcleos de población que se encuentran a la vera de un río se denominaran *de arriba o de abajo* en función a su situación con respecto a la dirección de la corriente de dicho río y no a su localización en una mayor o menor altura geográfica. ¡Ah!, añadí ¿y los paseantes con sus móviles? pregunté de nuevo. Era el único lugar del pueblo en el que tenían cobertura, respondió El Caminante mientras se servía otro chupito de orujo, y añadió, todo lógico, ¿no te parece?

El amigo del Caminante

....y añadió, a mi me lo explicaron más tarde, a saber, y es que, a los diferentes núcleos de población que se encuentran a la vera de un río se denominaran de arriba o de abajo en función a su situación con respecto a la dirección de la corriente de dicho río y no a su localización en una mayor o menor altura geográfica.

